

EN EL AÑO DE LA FE...  
«Redescubrir los  
contenidos de la fe  
profesada, celebrada,  
vivida y rezada» (PF 9)

P. Antonio  
Gerardo Fidalgo, CSsR

Este *año de la fe* (11/10/2012-24/11/2013), que estamos concluyendo, se enmarca en la memoria de los 50 años del Vaticano II (1962-1965). Hemos de decir que este acontecimiento, más allá de las variadas interpretaciones sobre el mismo, marcó caminos y, sin duda alguna, recuperó mucho del tesoro de la gran Tradición cristiana, de modo que el caminar posterior pudiese estar más enriquecido en su búsqueda de fidelidad al Dios de siempre, en el hoy de cada momento histórico.

La motivación para convocar este *año de la fe* parece ser que, ante los cambios profundos del mundo, la fe cristiana se está quedando por detrás o no está teniendo la suficiente calidad y hondura para leer y acompañar dichas transformaciones epocales. *Porta Fidei* (PF) nos dice que «habrá que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo» (PF 8); «el Año de la fe deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados

sistemática y orgánicamente en el Catecismo de la Iglesia Católica» (PF 11). Pues hoy por hoy «una profunda crisis de fe afecta a muchas personas» (PF 2). Es quizás de lamentar que no se ve un signo positivo en esta crisis y sólo se la refiera a una añoranza de un tiempo donde supuestamente ha existido «un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella» (PF 2). En fin, es más o menos en este contexto donde emerge la propuesta de este *año de la fe*.

Pasemos ahora a describir algunos elementos importantes que nos presenta Porta Fidei, para luego ofrecer sucintamente un balance y una propuesta pastoral.

1. Elementos introductorios, que resultan estructurales y básicos para la comprensión de la fe cristiana:

- *La fe es un espacio vital*, un lugar y tiempo existenciales: se la compara con una puerta, un umbral que hay que atravesar, es por tanto una experiencia a realizar que inicia un proceso de vida (PF 1).
- *La fe nace a través de un encuentro dialógico*, entre el anuncio de la Palabra y la recepción convincente y libre en lo profundo de nuestro ser dentro de un contexto de transformación (PF 1).
- *La fe implica profesar un credo particular*, en nuestro caso, la fe en el Dios Trinidad que es el Dios-amor. Esta es la realidad esencial, por ser la realidad primordial y final que todo lo abarca. Los demás contenidos serán siempre importantes pero, desde este aspecto, secundarios y complementarios (PF 1).
- *Una clara motivación*: «redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo» (PF 2; cf. «encuentro con una Persona», PF 1; 11).
- *Una clara necesidad, expresada a través de*:
  - Un punto de partida, con el Icono de la samaritana: «acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva» (PF 3).

- Dos alimentos, la centralidad de la Palabra y la comensalidad de la Eucaristía: «descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios»; «el Pan de la vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos» (PF 3; cf. PF 9).

Este encuadre es preciso y claro, pero no deja de ser una propuesta parcial. Expresa una parte, significativa ciertamente, de la vida de fe. Pues aun cuando se trata de una experiencia de fe, se está aquí hablando de una experiencia demasiado abstracta. Si bien todo este panorama apunta a resaltar que lo importante es «Creer en Jesucristo», pues es este «el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación», no es más que una formulación abstracta, tanto de Cristo, como de la fe y la salvación. Como ya lo planteara el mismo Jesús, podríamos decir: *¿quién es Cristo para nosotras/os? ¿Qué significa salvación?* Estas son las cuestiones críticas hoy. Las explicaciones clásicas no sólo no resultan significativas sino, además, insuficientes en sí mismas.

Antes de seguir, podríamos extraer una de las perlas de este

escrito, que nos viene de la mano de ese grande padre de la Iglesia que ha sido Agustín:

San Agustín [...] en un *sermón* sobre la *redditio symboli*, la entrega del *Credo*, dice: «El símbolo del sacrosanto misterio que han recibido todos a la vez y que hoy han recitado uno a uno, no es otra cosa que las palabras en las que se apoya sólidamente la fe de la Iglesia, nuestra madre, sobre la base incommovible que es Cristo el Señor. [...] Recibieron y recitaron algo que deben retener siempre en su mente y en su corazón y repetir en su lecho; algo sobre lo que tienen que pensar cuando estén en la calle y que no deben olvidar ni cuando comen, de forma que, incluso cuando duermen corporalmente, vigilen con el corazón» (PF 9).

La fe, en este contexto, aparece como la más bella expresión de amor, de un misterio que todo lo penetra y envuelve. La fe está en nosotros como los que se aman están el uno en el otro, en todo momento. Ser creyente cristiano, es eso, es estar enamorados, convencidamente enamorados; teniendo a Aquél al que amamos y en quién amamos, vivimos, respiramos, todo el tiempo en el

centro de nuestras experiencias de vida. Dar razón de nuestra fe, es dar razón, ante todo, del amor que la reclama; creo en la persona amada justamente porque la amo y no al revés (cf. *PF 14*). He aquí un hermoso y novedoso criterio, un criterio que, radicado en el ser humano (como nueva propuesta de existencia), transforma su vida haciéndola sólida y edificada en el amor; eso produce la fe (cf. *PF 6*). Vemos así que el amor, como relación primaria y existencial, obediencial, con el Dios de la Vida, suscita la fe, la cual, a su vez, sólo se expresa por medio del amor; en este caso, como manifestación de una vida nueva, creíble, justamente, porque toda su existencia se funda y se nutre de un amor, que sana y libera, que transforma constantemente nuestra existencia peregrina en un lugar vivible.

Pero, regresando más estrechamente al camino que este texto nos propone, no podemos dejar de subrayar que el incentivo del papa es aún más claro que la motivación antes señalada, y lo expresa en los siguientes términos:

En ciertos aspectos, mi venerado predecesor vio ese

Año como una «consecuencia y exigencia postconciliar», consciente de las graves dificultades del tiempo, sobre todo con respecto a la **profesión de la fe verdadera y a su recta interpretación**. He pensado que iniciar el *Año de la fe* coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, «*no pierden su valor ni su esplendor*. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. [...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como *la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX*. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza». Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos me-

ses después de mi elección como Sucesor de Pedro: «Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia» (PF 9; negrilla nuestra).

Ante todo, es claro que el papa Benedicto, haciendo memoria de su predecesor, recalca la importancia decididamente positiva del Vaticano II, «como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX». Pero, al mismo tiempo, no deja de señalar la necesidad de una «recta interpretación» y de una «hermenéutica correcta». El presente texto no dice más, es una pena. Es claro que su brevedad y su objetivo parecerían no permitirlo. Nótese que apenas hay dos referencias al Concilio (nota 11, LG 8 y nota 18, DV 5). El Concilio sin dejar de ser doctrinal quiso ser ante todo pastoral. PF, sin dejar de ser pastoral se inclina más hacia lo doctrinal.

Sintéticamente, podríamos decir que para el año de la fe se presentan dos elementos que, de algún modo, deberían armonizarse. La *profundización de los contenidos* y la *experiencia cre-*

*yente en comunidad*. Parece, no obstante, dársele mayor relevancia a la primera, aunque, como hemos señalado, sin desconocer la importancia de la segunda (cf. PF 10). En este contexto de síntesis, es de resaltarse que estos dos elementos, de renovación y puesta al día de la fe, tienen una *clara misión testimonial* (cf. PF 8; 10; 13). Esta *clave testimonial* es la que justifica en definitiva todo el proceso de maduración y enriquecimiento de la vida de fe en los creyentes (cf. PF 4). Y es, además, la que evidencia que la evangelización pasa, se nutre y se orienta desde un proceso vivencial de fe, que como ya hemos expresado, nace siempre como experiencia de un amor «que se recibe y se comunica» (PF 7). En definitiva, el papa pretende «esbozar un camino que sea útil para comprender de manera más profunda no sólo los contenidos de la fe sino, juntamente también con eso, el acto con el que decidimos entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios» (PF 10).

Veamos en qué consiste este esbozo, de modo algo esquemático. Veremos, a nuestro juicio, que se trata de un esbozo algo genérico, homilético, poco programático y siempre en una línea

más intelectualista que vivencial integral, aun cuando sus expresiones buscan ser integradoras de los variados aspectos de la vida creyente, la balanza se inclina más en la primera dirección.

*Desde una clave testimonial:* «la fe implica un testimonio y un compromiso público» (PF 10).

*Desde la doble dimensión personal y comunitaria:* «la misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario» (PF 10).

*Por el doble camino del conocimiento y la experiencia:* «el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia», «la fe nos invita y nos abre totalmente al encuentro con Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido» (PF 10).

*Con el subsidio ‘indispensable’ del Catecismo:* «para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el *Catecismo de la Iglesia Católica* un subsidio precioso e indispensable» (PF 11; 12).

*Aprendiendo de la memoria de santidad y de pecado:* «será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado» (PF 13).

*Para un servicio testimonial esencial, que se ha de expresar por la praxis del amor* (cf. PF 14); *el ejercicio concreto de la fe* (Cf. PF 15); *la convicción de la esperanza que no defrauda* (cf. PF 15).

## 2. Balance y prospectiva pastoral

No nos cabe duda de que todo este pontificado ha de percibirse desde la óptica de un papa que ha querido invitar a los creyentes de modo particular, y a toda la humanidad de modo general, a ponerse como la cierva que busca sedienta el agua de la verdad que salva y hace en verdad libres, en medio de una realidad vista como desertificada, confusa y por ciertos aspectos extrañada. Lectura que, con ciertos matices, podemos aceptar. Sin olvidar que la propuesta cristiana es, justamente eso, una propuesta, de vida nueva, de una verdad de vida que apunta a una vida en libertad, desde la convicción de

que ella implica una realización humana en clave de fraternidad. Este es en definitiva el contenido de nuestro credo fundante. Un Dios que es amor comunional que genera vida en, desde y para el amor comunional. Fuera de este amor no hay sentido, ‘no hay salvación’, se podría decir.

La *puerta de la fe* invita a entrar dentro de este misterio de relación con Dios y una Iglesia que debería comunicar dicho misterio de amor comunional. Si se tiene la humildad y el coraje de atravesar el umbral de esa puerta se puede iniciar un hermoso camino, camino que dura toda la vida. La vida es un proceso y la fe es parte de ese proceso existencial del amor, que busca cómo ser comunional en cada persona y en cada realidad histórica.

En toda esta propuesta no se deja de resaltar la primacía divina, de su oferta de gracia; por ello la fe es ante todo un don que se ha de recibir. Y ello es sumamente correcto. Pero, no habría que olvidar la simultaneidad de la oferta y la respuesta, y que el Dios revelado en Jesucristo ha querido que se llegue al descubrimiento de la gracia a través del entramado histórico, a través de la fatiga

de realizar la historia de salvación por medio de la salvación en la historia, sin saltos ni sobresaltos extraordinarios. De allí que, la fe verdadera es aquella que capacita a los seres humanos para descubrir la presencia misteriosa del Dios de la Vida en la vida, simple y cotidiana, de Dios, con rostro verdaderamente humano; y que, por lo mismo, humaniza, o si se quiere, diviniza humanizando. Es una pena que estos aspectos estén pocos considerados en *PF*. Pues, de lo contrario, la fuerza testimonial de la fe pierde su influencia, se queda en mera expresión ‘religiosa’. Esta última no es de poca monta, pero resulta insuficiente.

Pongamos un ejemplo, es claro que en los países de tradición cristiana, querer sacar símbolos religiosos de instituciones públicas (crucifijos, imágenes marianas, etc.), símbolos comunes (frases o diseños cristianos en banderas, monedas, cartas fundacionales, etc.), no sólo no sería respetar el caminar histórico de los pueblos, sino que sería una búsqueda simplista y mal intencionada de sacar las expresiones creyentes de la escena pública, so pretexto de una mayor laicidad, más pluralista y defensora de las diferencias.



Pero reducir a eso el testimonio de nuestra fe cristiana es terriblemente baladí. Si nuestro Occidente ha de ser consecuente con sus raíces cristianas, y los cristianos deben aportar en su contexto lo neurálgico de su fe, toda dicha simbología, aún con la importancia que encierra, no es lo central. Se debería apostar, por ejemplo, por una economía de comunión, más justa y solidaria, por una real vida en comunión y participación, empezando por la misma Iglesia, que en su economía y ejercicio del poder sigue rigiéndose muchas veces por parámetros, no sólo superados históricamente sino anti-evangélicos. Un Occidente cristiano, donde la violencia, la exclusión, siguen siendo toleradas sistémicamente, no hace más que manifestar el fracaso de la fe cristiana en su incidencia histórica. Y aquí no cabe la mistificación de un aporte silencioso, de una mística parcializada del misterio de la cruz, y cosas similares. La fe cristiana supone, eso sí, evangélicamente hablando, una contribución de *levadura*; pero se trata de un aporte que desde lo pequeño pretende fermentar, realmente, toda la masa, produciendo una realidad, visible y vivible en su novedad y riqueza de compartir comunal; no migajas, sino pan

para todos y todas, en esta humanidad.

*Porta Fidei* corre el riesgo de querer fundar tan sólo lo que podríamos llamar una *mística objetiva* del significado del testimonio creyente, un estar expuestos ante el mundo y no más. La fe debe tener la humildad y el coraje de embarrase en la historia. La fe no sólo, ni primariamente, necesita de la pulcritud dogmática, sino de la sangre martirial que emerge del compromiso real. Justamente porque «no podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta» (PF 3). Pues, si bien la fe es una propuesta universal, no es menos cierto que se juega en la localidad, desde y con una variedad de concreciones que resultan significativas, por ser altamente transformativas en orden a contribuir con todos los demás credos y demás búsquedas humanas a un real proceso de humanización.

Parecería, por un lado, que se añora una situación de cristiandad como más loable para una real vivencia y testimonio cristianos. Y, por otro lado, que si los cristianos «se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso» (PF



2) estarían descuidando lo esencial a la hora de testimoniar su fe. Pues según este análisis, el trasfondo creyente «no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado» (PF 2). Esto último, es reconocible y, hasta cierto punto, criticable. Pero, se debería asumir que lo que la fe cristiana suscita y necesita para vehicularse no es un sistema de cristiandad, sino a lo sumo de *cristianía*. Esto es, un sistema en donde la propuesta creyente se sume a la plausibilidad de tantas otras propuestas, en orden a realizar una común humanidad de fraternidad en todos sus niveles estructurales. El reconocimiento cristiano no es por la comunicación, ante todo, de fórmulas creyentes, sino de frutos del Espíritu (cf. Mt 7, 16-20; Lc 6, 43-45; Jn 15, 16-17; Gál 5, 22-26).

Pastoralmente nos quedan, al menos, dos cosas. Recibir el estímulo de *Porta Fidei* para revisar nuestras experiencias de fe y los contenidos que las sustentan. Y, además, dedicarnos a releer la

crisis de fe, tanto entre los creyentes como en las demás personas, dentro de los contextos culturales actuales (pluri-culturales y pluri-religiosos). Sólo así podremos realizar un proceso de discernimiento, transformación y maduración creyente que valga la pena.

Para ello, hemos de sumar también dos cosas. Por un lado, aquello a que nos invitara Aparecida, tener la humildad y el coraje de «abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe» (n. 365). Y, además, revisar las metodologías y estrategias a la hora de la evangelización, de modo tal de no caer ni en emotivismos superficiales ni en intelectualismos abstractos y dogmáticos. Sino más bien, estar convencidas/os de que es a través de experiencias profundas como se fijan convicciones creyentes, capaces de sostener lo más coherentemente posible un caminar creyente, en orden a realizar el Reino de Dios, en el ya sí y todavía no de nuestra historia.